

LISTAS DE PALABRAS

Una tarde busqué *lontananza* en el diccionario. No recuerdo exactamente si lo hice porque la había leído en algún contexto que me resultaba extraño o porque quería saber de su etimología. Sea como fuere, la cuestión es que pensé que cada vez buscaba palabras más frecuentes, más conocidas, más fáciles. Qué diferentes aquellos tiempos de la adolescencia, cuando era cuestión de honor conocer las palabras más desusadas y de significado más extraño y alambicado, y estos otros menos competitivos, o quizá menos ambiciosos, en los que andaba volcado en descubrir el íntimo significado de la palabra *lontananza*.

Aquello fue el punto de partida. En seguida vi el motivo literario que encerraban mis búsquedas semánticas, pues vi que las palabras que buscaba en el diccionario podían ser el trasunto perfecto de la vida. En la juventud se buscan con ansia placeres exóticos, sabores extremos como *vestiglo*, *imbricado*, *ontológico*... Con la madurez, el paladar aprende de matices y aromas y busca en el mundo más la intensidad de la exquisitez que la cantidad del exceso. Por eso preferimos *paradigma*, *albayalde*, *cimbra*... Pero el tiempo no para, los años siguen pasando, el escepticismo se convierte en crónico y el hartazgo y el empalago nos vuelven ascetas degustadores de sabores puros, incluso rudos: *estupor*, *sistémico*, *simulacro*...

Me encantó la idea. De camino a casa de Adolfo, mientras arrastraba plácidamente los pies por el crujiente manto de hojas secas, me entretuve en buscar palabras para componer listas que ejemplificasen los distintos estadios de la vida de un posible personaje. Cuando me quise dar cuenta estaba sentado en la covacha que Adolfo llamaba hogar con una cerveza en la mano. Sin más, empecé a contarle:

- *Vengo pensando en un relato policiaco en el que la pista clave no sea una huella, o una fotografía comprometedor, o la declaración de un testigo inesperado, sino una colección de pedazos de papel con listas de palabras escritas en ellos.*
- *¿Listas? ¿Quieres decir criptogramas?* -aventuró Adolfo.
- *No, aunque esa será la primera teoría que maneje la policía* -improvisé al darme cuenta de que era un elemento interesante.
- *Y el caso, ¿en qué consiste?*
- *Se ha encontrado a un hombre muerto. Alguien ha denunciado su desaparición, la policía va hasta su casa y se encuentra con que el susodicho está plácidamente muerto en su cama con un bote de somníferos vacío sobre la mesilla de noche.*
- *Suicidio, pues.*
- *Sí, eso parece* -confirmé- *pero las primeras investigaciones resultan desconcertantes. El muerto no tenía el más mínimo problema. Ni enemigos, ni esposas, ni deudas. Su médico dijo que el difunto disfrutaba de una excelente salud* -aquí sonreí-, *diagnóstico este que confirmó el forense cuando le hizo la autopsia al cadáver. Tenía un trabajo razonable, amigos, amigas...*
- *Vale, vale, capto la idea: ningún motivo para suicidarse* -me cortó impaciente Adolfo.

- *Eso es. Por eso el inspector encargado se fija en el montón de papeles con palabras. De todo cuanto había en la casa era lo único que podía encerrar un misterio, quizá una doble vida, un secreto que justificase que alguien intentara acabar con él.*
- *O que le hiciese la vida insoportable.*
- *Claro, claro.*
- *De todas formas, falta algo -dijo Adolfo más para sí mismo que para mí-. La gente no necesita demasiados motivos para suicidarse. La vida suele ser suficiente motivo -musitó-. Y un policía no se va a tomar demasiadas molestias si no encuentra algo sospechoso. Y un montón de papeles con palabras no basta, no es nada, no tiene por qué significar nada. Hay que buscar algo que justifique el interés del inspector. Y el del lector, sobre todo el del lector.*
- *Sí, ya había pensado en ello –mentí, lo cual me obligó a improvisar-: ¿qué te parece si los papeles aparecen perfectamente apilados en la mesilla junto al tubo de barbitúricos?*
- *Sí, eso podría valer... -me animó Adolfo mientras parecía cavilar sobre las posibilidades de todo aquello-. Eso los sitúa cerca del muerto en sus últimos momentos... Describemelos, dime cómo son.*
- *Son pequeños trozos de papel de distintas calidades y de un tamaño... más o menos así -y compuse con los dedos en escuadra un rectángulo de unos ocho centímetros por diez-, aunque el tamaño varía de unos a otros. Por los bordes se ve que se han recortado de piezas de papel mayores a base de doblar y rasgar. En cada trozo aparece una lista de palabras, cada una de ellas seguida de un número.*

Me gustaba ver a Adolfo pensar. Me gustaba sentir el ronroneo de su maquinaria puesta en marcha. Me gustaba contemplar los casi imperceptibles cambios de su rostro.

- *Los números -continué- raramente tiene más de tres cifras, aunque algún caso hay. En cuanto a la cantidad de palabras, también es variable. A veces solo hay una, a veces decenas de ellas se apiñan en letra menuda sobre las dos caras del papel.*

El gesto de Adolfo cambió. Por un momento vi en sus ojos un brillo que interpreté como de victoria, por lo que creí que había encontrado el sentido de los papeles que le acababa de describir. Pero lo cierto es que la luz no duró y el rostro de Adolfo se llenó de sombras. Cruzó las manos sobre su regazo y con el ceño fruncido fijó la mirada en algún punto de la alfombra que tenía bajo los pies. Por mi parte, yo estaba encantado de cómo me estaba saliendo la historia, así que seguí.

- *El inspector ya se había fijado en las listas nada más entrar en la casa, y vuelve sobre ellas según termina de procesarlas la policía científica. Las lee primero con curiosidad, luego desconcertado y, al fin, con el convencimiento de que allí se encierra un misterio. Piensa -dije al recordar de pronto la sugerencia de Adolfo- que podía tratarse de mensajes cifrados, por lo que decide consultar a un amigo experto en tales cuestiones. Se encuentran en la casa del muerto, donde el inspector ha ordenado un registro más pormenorizado. Tras la primera ojeada, el criptógrafo también se ve desconcertado por las listas.*

Un elemento importante que no he mencionado -en esto los ojos de Adolfo parecieron brillar con particular intensidad- es que las listas están fechadas. Son del orden de doscientas. La más antigua es de tres años antes, mientras que la última tiene tan solo un par de días. El inspector intenta averiguar si la fecha más antigua coincide con algún cambio en la vida del muerto. Pero nada. Y es lógico, porque en un reconocimiento más exhaustivo de la casa aparece una caja con varios cientos más de listas ordenadas cronológicamente con fechas repartidas a lo largo de quince años.

Yo estaba lanzado, realmente lanzado. Nada de lo que estaba diciendo lo traía preparado, pues confiaba en que, como siempre, Adolfo tiraría del hilo a partir de mi idea original. Sin embargo, en aquella ocasión las cosas eran distintas. No sabía qué le pasaba, pero Adolfo estaba raro. La tristeza de su gesto, su silencio, no eran normales.

- *El policía se siente abrumado por la cantidad de material que el descubrimiento de la caja pone a su disposición, pero su amigo le dice que aquello es una bendición, y se ponen a trabajar. El criptógrafo empieza a leer las listas más antiguas, mientras que el inspector, más inquieto, prefiere coger algunas más o menos al azar, aunque procurando que su muestreo incluya cartulinas fechadas en distintas épocas. En este punto se me ocurre, y aquí me tienes que ayudar -le dije a Adolfo-, que podría ir bien dar algunas pinceladas técnicas acerca de métodos de encriptado, estrategias para el descifrado de claves y cosas así que pudiese aplicar el criptógrafo. Mi idea es que sea el policía quien dé con el enigma a base de puro instinto, pero creo que precisamente por eso quedaría muy bien el contraste con una aproximación más sistemática, más científica. ¿Qué te parece?*

No contestó. Adolfo no contestó. Era evidente que mi amigo se encontraba mal y que, de una forma que no podía precisar, mi narración le había sumido en ese estado. Pensé en dejarlo, me hubiese gustado querer dejarlo, pero no pude, no quise. Me daba cuenta de que algo se estaba rompiendo en su interior, y lo sentía, sentía ser la causa, pero no quise dejarlo, no quise parar... y cuando Adolfo, sin responder a mi pregunta, levantó la cabeza para decirme con un leve gesto que continuase, continué.

- *De acuerdo. Ahí va: el criptógrafo se ha puesto a leer las listas y pronto llama su atención la dificultad de las palabras que contienen: cultismos, neologismos, palabras desusadas, términos técnicos, nombres propios poco conocidos... “Sí, un léxico realmente exótico, pero ni una pista de cómo atacar el problema”, dice el criptógrafo mientras llena folios y folios con ensayos de agrupación de las palabras según toda clase de criterios.*

El inspector, por el contrario, permanece en silencio. No ha escrito nada, no ha dicho nada. Tan solo ha mirado algunas de las listas, tampoco muchas. Se ha fijado en los bordes, en las calidades de los papeles, en las tintas, ha comparado la letra de las palabras, pero ya lleva un rato con la mirada fija, o perdida, en un único papel, uno de los más abarrotados de palabras.

Por fin habla: “Son libros. Quiero decir que cada lista corresponde a un libro. Las palabras que aparecen son del libro, y el número que las sigue, la página donde aparece la palabra. Son listas de palabras difíciles”.

Te puedes imaginar -le dije a Adolfo, que ahora parecía triste, como abatido- la sorpresa del criptógrafo al oír esto. De pronto todo encaja, de pronto todo lo que había observado hasta el momento cobra sentido: la rareza de las palabras, la extrañeza de los nombres propios, todo: las listas son listas de dificultades, las dificultades que el muerto había encontrado en cada una de sus lecturas, palabras, personajes, lugares que buscar en un diccionario o en una enciclopedia. El

criptógrafo vuelve excitado sobre sus notas pues cree incluso poder probar la teoría: recuerda haber leído “Elsingor” en una de las listas. La localiza. Detrás viene un número, el 19. Se dirige entonces al despacho del muerto, lugar donde los libros cubren completamente las paredes. Localiza tres ediciones de Hamlet, y escoge la única de las tres con signos de haber sido leída. Busca en ella la página 19, lee por encima y encuentra: “Elsingor”. Busca otras palabras de la lista: “conturba, 23”, “celaje, 25”, “Jepté, 68”. Sí, allí están todas las palabras, en su página, como debe ser. Es genial, genial, está realmente contento, incluso ebrio, con el descubrimiento. Pero cuando va a mostrarle el libro a su amigo, se da cuenta de la tristeza del policía. Por eso le dice: “¿Qué te pasa?, ¿no te alegra haber resuelto el misterio?”. El policía, ocupado en recoger y ordenar las listas desperdigadas sobre la mesa, contesta: “No. Porque a mí los malditos papeles no me importan una mierda. Lo que me importa es saber por qué el muerto está muerto, y resulta que mi única pista se acaba de convertir en humo”. Dicho esto, el inspector coge de manos de su amigo la lista de Hamlet, mira su fecha y con movimientos precisos la coloca en su lugar.

En este punto me encontraba exultante. El relato estaba montado. Escribirlo sería un juego de niños. Y tenía el final. Sin embargo, el momento distaba mucho de ser perfecto. El semblante abatido de Adolfo era patético. Estaba realmente jodido. Pero mi historia era tan buena...

- *El criptógrafo -continuó- se va, sumido en agrídulces sensaciones. El inspector se ha quedado: debe supervisar todavía algunas tareas. Mientras su personal desmonta el operativo, el policía musita para sí, una y otra vez, “palabras difíciles, palabras difíciles”. Sencillamente, hay algo que no le cuadra.*

Sin intención coge el inspector la última de las listas, esa que fue escrita dos días antes y, sin intención, lee:

<i>cosa</i> <i>ser</i>

“¿Cosa?, ¿ser?”, lee de nuevo. “¿‘Cosa’ y ‘ser’ son palabras difíciles?”, se dice.

Coge otra lista, la penúltima. Es de hace una semana. Lee. Tan solo contiene una palabra:

<i>sentido</i>

“¿‘Sentido’ es una palabra difícil?”, se pregunta de nuevo el inspector.

Lee la lista anterior:

<i>libertad</i> <i>memoria</i> <i>yo</i>
--

Y la anterior, ahora ya con una sonrisa en los labios:

<i>nada</i> <i>contingencia</i> <i>absurdo</i> <i>ilusión</i> <i>engaño</i> <i>certeza</i>

“Palabras difíciles”, se dice el inspector, “las más difíciles de las palabras, ¿verdad, amigo?”, se dice el inspector, mientras imagina cómo se va a quedar el juez cuando le explique cómo ha resuelto aquel nuevo caso de suicidio.

Había terminado. Estaba hecho. Me gustaba, me gustaba mucho. Un hombre que, en su búsqueda del sentido de las palabras, había terminado por preguntarse por el sentido mismo de la existencia. Naturalmente, no lo halló, por lo que decidió terminar con su vida. Solo tenía una duda: ¿debía explicitar al final del relato la razón del suicidio del hombre de las listas o terminar con el inspector saliendo de la casa con una sonrisa en los labios? Cuando iba a plantearle la cuestión a Adolfo, este se levantó y se fue a su habitación. Al volver vi que traía en la mano un taco de fichas de cartulina. Me las tendió. En cada una de ellas se podía leer en letras más grandes un título y una fecha y, después, una lista de palabras. Reconocí algunos títulos como pertenecientes a algunas de las últimas lecturas de Adolfo. Leí una de las fichas: “pigricia, 83; actínica, 88; idiota moral, 97; amistad, 119”.

Supongo que aquella noche Adolfo se sintió previsible y no le gustó.

Alberto

<http://sector17.epsilon.es>